

XI.

Emilio era un autor que habia adquirido mas gloria en sus caidas, que la que otros recojen en un buen ecsito. Atrevido en sus composiciones, lleno de facundia, y satirico por esencia, reivindicaba con sus buenas cualidades las faltas de que adolecia: era franco, burlon, y echaba á los bigotes un epigrama á uno de sus amigos á quien hubiese defendido en su ausencia con bravura y lealtad. De todo se burlaba, hasta de su propio porvenir; y con pocas blancas en el bolsillo, quedabase como todos los hombres de alguna trascendencia, sumerjido en una pereza inesprimible, tirando todo un libro con una sola palabra á la cara de ciertas jentes que cuan-

do escriben sus voluminosos tratados nada dicen en sus libros. Nada sobrio de promesas que jamas realizaba, habiase hecho de toda su fortuna y gloria una almohada para dormir, corriendo de esta manera entre dos probabilidades, la de despertarse viejo, en el hospital... Por lo demas, amigo hasta el cadalso, fanfarron de cinismo, y sencillo como una criatura, trabajaba por acaloramiento, y alguna que otra vez por necesidad.

— ¡Vamos á regocijarnos en grande! como que será gastronómico-artísticamente; dijole á Rafael mostrandole las cajas de flores, que á las escaleras emprimaveraban, y embalsamaban los patios.

Ah! cuanto me gustan las entradas bien dispuestas, y de ricos tapices guarnecidas!... respondió Rafael. El lujo, á principiar por el peristilo es en Francia muy raro... Aqui me siento renacer...

— Y allá arriba vamos á beber y reir todavia una vez en nuestra vida, mi buen Rafael.....

— Ah! cuidado, Rafael, continuó, mira que nosotros debemos ser los vencedores, y andar sobre todas estas cabezas que vés!...

Y con triunfante ademan, mostróle los convidados, al entrar en un salon resplandeciente de luces y opulencia.

Inmediatamente se hallaron rodeados de los mas distinguidos jóvenes de Paris.

Uno acababa de revelar un talento desconocido,

y rivalizar por su primer cuadro con las glorias de la pintura imperial.

Otro habia descollado dos dias antes con un libro lleno de verdor que con puntas de desprecio literario descubria nuevas sendas á la escuela moderna.

Mas allá un estatuario, cuyo áspero semblante indicaba un vigoroso jenio, hablaba con uno de esos críticos *imparciales*, que segun la ocurrencia ya no quieren ver superioridades en ninguna parte, ó ya las reconocen á cada paso.

Aquí, el mas ingenioso de nuestros caricaturistas de mirada maligna, y boca mordaz, espiaba los epigramas para luego traducirlos con el lapicero.

Un poco mas acá aquel jóven y audaz escritor quien mejor que otro cualquiera, la quinta escencia de los pensamientos políticos distilára en un folletin con la mayor facilidad, ó el espíritu de otro escritor fecundo condensára, conversaba con aquel poeta, cuyos escritos aterrarian todas las obras contemporáneas, si tuviera su talento la potestad de su odio. Ambos hacian lo posible para no decir la verdad, y al mismo tiempo para no mentir, dirijiendose placenteras lisonjas.

A un lado un músico famoso, con acento burlon y en *si bemol*, consolaba á un jóven político recientemente caido de la tribuna sin hacerse ningun daño. Veíanse jóvenes autores sin estilo al lado de jóvenes

autores sin ideas, y prosistas llenos de poesía juntos á poetas altamente prosáicos, y al contemplar tan imperfectos seres, llamaba la atención un pobre san-simoniano que asaz inocente todavía para creer en la doctrina de su religión, los hermanaba caritativamente, queriendo transformarles sin duda en cofrades de su orden.

Finalmente había dos ó tres de esos sabios destinados á acibarar la conversacion, y abundancia de vodevilistas, prontos siempre á entretenerla con sus efímeros resplandores, que parecidos al brillo del diamante, no dan ni luz ni calor...

A mas, algunos paradojistas se reían interiormente de los que aplaudían su misma admiración ó su desprecio para con los hombres y las cosas, sabiendo manejar aquella política de dos cortes por medio de la cual conspiran contra todos los sistemas sin intrincarse en ninguno.

No faltaba en aquella reunion el hombre *juzgador* el cual no se admira de nada, se suena en medio de una cavatina en el teatro, al mismo tiempo en que dice *brava!*... antes que todos los demas concurrentes, sin ceder por eso el derecho de contradecir á los que le precedieron en su voto; nuestro hombre estaba tambien allí, tratando de adjudicarse los pensamientos de los hombres á la moda.

Entre todos los convidados, cinco podían con fundamento esperar algun porvenir, á unos diez podiais

atribuirles alguna gloria vitalicia; y por lo que toca á los demas, ya podían decirse simultáneamente, ni mas ni menos que todas las medianías, la famosa palabra de Luis XVIII... Union y Olvido...

El anfitrión ó factotum tenía la cuidadosa alegría de un hombre que gasta para una reunion dos mil escudos, y como de tiempo en tiempo se dirijieron sus miradas con cierta impaciencia hácia la puerta del salón, era fácil pronosticar que todos los convidados se hallaban reunidos menos uno... En breve presentóse un gordo regachote inmediatamente acogido por un lisonjero rumor. Era el notario que aquella misma mañana había acabado de crear el periódico diario.

En este mismo instante, un ayuda de cámara se encaminó precipitadamente á una grande puerta, que era la del corredor, y cada uno fué sin ceremonia á instalarse en su puesto en derredor de una mesa enorme.

Y antes de dejar los salones, lanzó por todo su recinto Rafael una postrer mirada. Su deseo era por cierto bien completamente realizado. Los aposentos estaban guarnecidos de seda y de oro. Ricos candelabros sosteniendo innumerables bujias hacían brillar todas las frisas doradas, las delicadas cinceladuras de los broncees, y de los muebles los magníficos colores. Las escóticas flores de algunos jarros artísticamente construidos con cañas de india, embe-

lesadores perfumes derramaban; respiraban las colgaduras una elegancia nada afectada, y todas las partes con su conjunto tenían no sé que poética dulzura, cuyo prestigio debía indefectiblemente obrar sobre la imaginación de un hombre sin dinero.

Esa perspectiva le movió á decir muy tristemente:

—Cien mil libras de renta sirven para un comentario muy bello de nuestra doctrina cristiano-católica, y nos ayudan poderosamente á poner *la moral en acción!*... Ah! la virtud mía anda pocas veces á pie... El vicio, para mí, es una mala habitación, una casaca raída, un sombrero gris en invierno y deudas con el portero...; Ah! ¡ah! quiero vivir en el seno de ese lujo solo durante un año, ó medio, no importa... y en seguida venga la muerte. A lo menos habré agotado, reconocido, devorado mil jéneros de existencia.

Oh! oh!..... opuso Emilio que había podido comprender sus razones aunque las había pronunciado en voz baja. Parece que tomas la vida de un asistente por la felicidad. Pierde cuidado, bien pronto te fastidiarás de tu hacienda, luego que advertirás que te había de quitar la probabilidad de ser hombre superior..... Entre las pobreza de la riqueza y las riquezas de la pobreza, debe titubear nunca un hombre de talento? ; A nosotros vengarnos con luchas..... aquí si que hay placeres, así, prepara tus tripas!... Mira.....

Y le mostraba con heróico jesto, el majestuoso, el tres veces santo, evanjélico y fortificante aspecto que presentaba el refectorio del bendito capitalista.

— Ese pobre diablo, continuó Emilio, no se ha tomado la molestia de amontonar su dinero mas que para nosotros... ; No podría decirse que es una especie de esponja de los naturalistas olvidada en el órden de los *polipos*, y que se trata ahora de esprimir con delicadeza y antes de dejarla chupar por herederos? ; Acaso no vés cierto estilo en los bajos relieves que decoran las paredes? ; Y que dices de las arañas, y los cuadros, que lujo tan bien entendido! Bien es verdad que si debe darse crédito á ciertos envidiosos y otros que tienen la manía de investigar los resortes de la vida, ese hombre habría muerto durante la revolución á no sé que vieja asmática, un huerfanito escrofuloso, y alguna otra persona. ; Como dar lugar á crímenes bajo los ya cenicientos cabellos de nuestro venerable factotum? Tiene el aire de muy hombre de bien... Pero, mira como brilla la platería!... Sin embargo, si estos rumores de que acabo de informarte fuesen ciertos, cada una de estas centellas que nos deslumbran, para él serian puñaladas. Vamos, no puede ser! entonces tanto valdria creer en Mahoma... Porque advierte Rafael, si el público decia verdad, tendríamos en este caso treinta personas de honor y de talento, que se prepararían para comer las entra-

ñas, y beber la sangre de una familia! Pero entonces, Rafael, nosotros dos, jóvenes llenos de integridad, de entusiasmo, seríamos cómplices de esa maldad!..... Estoy para preguntar á nuestro capitalista si es hombre de bien.

—¡Ahora no, le dijo Rafael. Cuando esté bien borracho, concluida la cena.

Y los dos amigos se sentaron sonriendo.

La segunda aparición el primer servicio en la mesa de augustin. Dignos de la mesa del ilustre Cambracer, y con el seguro que no hubiera de ser de celebrante halla. Dignos de la mesa de celebrante Real, yinos de Burdeos, de Borgona, blancos y tintos. Esta primera parte del banquete era en todo comparable con la es-

XII.

hombres de una tragedia clásica. El acto de este banquete se divide en dos partes. La primera es el banquete propiamente dicho, y la segunda es el banquete de los convidados. El banquete de los convidados se divide en dos partes. La primera es el banquete de los convidados, y la segunda es el banquete de los convidados. El banquete de los convidados se divide en dos partes. La primera es el banquete de los convidados, y la segunda es el banquete de los convidados.

Colocados que fueron nuestros convidados, cada uno contempló por algun tiempo todavía mas corto que el que se requiere para decirlo, aquella mesa, blanca como capa de nieve recién caída, y sobre la cual se elevaban con simetría los cubiertos acompañados de sus blóndos panecillos. Repetían los cristales los colores del arco íris en sus estrellados reflejos; trazaban las bujías fuegos cruzados al infinito; y las viandas colocadas debajo fuentes de plata aguijoneaban el apetito y la curiosidad.

Las palabras no fueron muy abundantes que digamos: miráronse los vecinos, y el vino de Madéira circuló.